

PARA LOS COLLARES DE JULIETA



I

Fugitiva visión de mis poesías.
¡Oh, frágil entre todas las mujeres!
¡Ni formada de espuma, Amor, serías
tan frágil y ligera como eres!

Inútilmente desplegué mis alas...
Mis sueños de alcanzarte fueron vanos,
que hecha de nieve y luz, sutil resbalas
como un rayo de sol entre mis manos!

Tu acariciante levedad resume
la plata fugitiva de la luna
y la sutilidad de un pensamiento.

Y yo aspiro tu amor como el perfume
fugaz y melancólico de una
rosa de otoño que deshoja el viento!

II

Mi amor es una grácil ligereza;
gacela esclava de tu amor tirano,
que refriega en tu falda su cabeza
para lamer los lirios de tu mano.

Siempre que la acaricias se estremece,
y como ebria de placer, vacila,
mientras un sueño lánguido humedece
su profunda y nostálgica pupila.

Cuando los ojos abres, se despierta;
y se agita intranquila, siempre alerta,
del rumor de tus pasos en acecho.

Y cuando pides á tu lecho abrigo,
ella también, para soñar contigo,
se enrosca como un perro al pie del lecho.

III

También mi pobre corazón he visto
— ¡mi corazón más dulce que un cordero! —
agonizar, clavado en el madero,
y ceñido de espinas como Cristo!

También la seda de su cabellera
al limpiar el sudor de mi agonía,
dejó en mi cruz como una Primavera
de Amor, de ensueño y de melancolía.

Con tal ternura sobre mí lloraste
que con tu llanto me resucitaste...
Vuelve otra vez la juventud florida

á perfumar mis hoscas soledades!...
¡Tu amor es un milagro de piedades,
porque infunde á los muertos nueva vida!

IV

El dolor de mi carne presentía
la piedad de tus manos, y el anhelo
de mi espíritu el místico consuelo
de tu ingenua sonrisa de alegría.

Eres la misma imagen que veía
en la noche angustiosa de mi duelo,
iluminar las sombras de mi cielo,
como la estrella que al viajero guía.

Con el milagro de la Primavera
llegas á mi jardín. Las sombras vagas
de mis recuerdos, huyen temerosas.

Mis dedos juegan con tu cabellera,
¡y hasta en la herida abierta de mis llagas
hay una nueva floración de rosas!

V

Sobre un húmedo fondo de verdura
la luz perfila tu ideal silueta,
mientras la tarde incendia tu blancura
con sus velos de púrpura y violeta.

Destrenzados los bucles sobrehumanos,
fija en el cielo la mirada angélica,
llenas de flores místicas las manos,
como una Anunciación prerrafaélica!

Perfil de unción y boca de plegaria...
Tienes, como un aroma de poesía,
la candidez de un lirio inmaculado,

que en la vieja capilla solitaria
se muere, perfumando en su agonía
los pies heridos del Crucificado.

VI

Cuando la luz de mi quinqué se apaga
y en las tinieblas del pavor me sume,
el recuerdo de ayer, como un perfume
de besos imposibles, me embriaga.

Junto á mi lado, imperceptible vaga
la misteriosa sombra de Ulalume.
Mas inmóvil mi labio se consume,
pues teme que un aliento la deshaga.

A veces me parece que la sombra
se corporiza y tímida me nombra...
La sangre paralizase en mis venas,

y me siento morir, tan dulcemente,
que el alma, al expirar, apenas siente
como un deshojamiento de azucenas.

VII

Jamás borrarle en el olvido esperes.
Me obsesiona tu amor. Cuando te veo
se para el corazón, porque tú eres
su sangre, su Verdad y su Deseo.

Mis blancas alas cruzarán ilesas
por el fango de todos los pantanos...
Mi vida entera es tuya, es una de esas
sortijas que fulguran en tus manos.

Mi ambición no pretende más laureles
que morir á tus plantas, de rodillas...
Y por morir por ti, mi amor quisiera

ser uno de esos fútiles papeles
en que sueles probar las tenacillas
para rizar tu negra cabellera!

VIII

En la más alta cumbre aventa el viento
el último suspiro de la tarde,
y su fulgor, como un rubí sangriento,
en las tinieblas de tus ojos arde.

Un círculo de sombras te rodea,
y animando tu faz con sus destellos,
una trémula llama parpadea
en la noche sin fin de tus cabellos.

También la llama trémula parece,
y la sombra te envuelve, como una
toca de melancólica viudez;

y rasgando el negror que te entristece
un rayo tembloroso de la luna
tiende un velo de plata por tu tez.

IX

Con mi tristeza y tu recuerdo á solas,
de amargo llanto las pupilas llenas,
atravieso, cantando, las arenas,
recogiendo marinas caracolas.

Sollozan mis dolientes barcarolas
en las playas desiertas y serenas,
y para oír mis amorosas penas,
llorando hasta mis pies vienen las olas.

Y al verme en sus cristales reflejado,
comprendo lo infinito de mis males.
Y digo al mar, entonces, agobiado

por el terrible peso que me abruma :
— ¡Quién pudiera dormir en tus cristales,
amortajado por tu blanca espuma!

X

La angustia del crepúsculo invadía
la prisión de mis hoscas soledades.
Era la tarde como una agonía
de enfermas y marchitas claridades.

En la miseria urbana del suburbio
palpitaba no sé qué hondo quebranto...
Flotaba todo indefinible y turbio
como á través de un nebuloso llanto.

El temblor del crepúsculo sangriento,
sobre la cal del muro de un convento,
de un huérfano dolor piadoso abrigo,

la esquelética sombra proyectaba
de un escuálido perro, que ladraba
á los sucios harapos de un mendigo.

XI

Sentí el cálido aroma de su aliento,
y hundiendo en mis pupilas la mirada,
cual si buscase un ánima, un momento
permaneció, mirándome, callada.

Algo muy santo despertó en el fondo
de mi vida, muy triste, pero pura...
¡De aquel mirar tan íntimo y tan hondo
no hay palabras que expresen la ternura!

Sólo recuerdo, muy confusamente,
que emocionado la besé en la frente,
y que abrazados nos besó la luna...

Y al levantar nuestra mirada al cielo,
tembló en mis ojos su mirada, y, una
lágrima descendió sobre el pañuelo...

XII

Regreso á mis agrestes soledades,
— ¡todos mis campos desoló la guerra! —
porque sé que las glorias de la tierra
son humo... y vanidad de vanidades.

Prefiero las oscuras tempestades
que estremecen los robles de la sierra,
al lento polvo gris que nos entierra
en la fosa común de las ciudades.

Herido y desertor de la pelea,
vuelvo al hogar ahumado de mi aldea,
á restañar la sangre de mi herida.

Y presintiendo el fin, como á una hermana,
todas las noches le diré á la Vida :

— Voy á dormir... Adiós... Hasta mañana.

XIII

Voy cruzando la vida como un ciego,
y como no conozco mi camino,
inconsciente, á la mano del Destino,
con fatalista sumisión me entrego.

— Detente! — á veces tímido le ruego...

— Da el ruiseñor su canto cristalino.

¡Deja que el corazón del peregrino
cobre, oyéndole, un poco de sosiego!

Corre el agua... Durmamos un momento...
 ¡Qué olor de rosas frescas en el viento!...—
 Y él, sin hablar, me arrastra... Eternamente

sigo su ruta, con los pies sangrando...
 Mientras mi corazón canta, soñando
 con las rosas, el pájaro y la fuente!

XIV

¡Oh, mi sonora juventud perdida,
 pródiga juventud que amara tanto!...
 ¡Oh, cómo amarga el pan bañado en llanto,
 y cómo es triste, sin amor, la vida!

Ningún pañuelo vendará mi herida;
 no hay un hogar que acoja mi quebranto,
 y eriza mis cabellos el espanto
 de la visión sangrienta del suicida.

Mi pobre corazón es como un niño,
huérfano de cuidados y cariño,
que no teniendo ni un regazo, donde

dormir, temblando de dolor y miedo,
en el rincón más lóbrego se esconde
para llorar su soledad muy quedo!

